



Edgar Allan Poe

La Cita

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA CITA

EDGAR ALLAN POE

**PUBLICADO: 1834
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

¡Quédate por mí allí! No fallaré

para encontrarte en ese valle hueco.

Exequias por la muerte de su esposa, por Henry King.

Obispo de Chichester.

¡Hombre desafortunado y misterioso! ¡Desconcertado en la brillantez de tu propia imaginación, y caído en las llamas de tu propia juventud! De nuevo te contemplo en la fantasía. Una vez más tu forma se ha levantado ante mí, no, oh, no como estás en el frío valle y la sombra, sino como deberías estar, vagando por una vida de magnífica meditación en esa ciudad de visiones oscuras, tu propia Venecia, que es un amado Elíseo del mar, y las amplias ventanas de sus palacios paladinos miran con un profundo y amargo propósito los secretos de sus aguas silenciosas. Sí, lo repito, como debe ser. Hay seguramente otros mundos que éste, otros pensamientos que los de la multitud, otras especulaciones que las del sofista. "¿Quién, pues, pondrá en duda tu conducta? ¿Quién te reprochará tus horas visionarias, o denunciará como un derroche de vida aquellas ocupaciones que no eran sino el desbordamiento de tus energías eternas?"

Fue en Venecia, bajo el arco cubierto llamado Puente de Sospiri, donde me encontré por tercera o cuarta vez con la persona de la que hablo. Traigo a la memoria, con un recuerdo confuso, las circunstancias de aquel encuentro. Sin embargo, recuerdo -¡ah! cómo podría olvidarlo- la profunda medianoche, el Puente de los Suspiros, la belleza de la mujer, y el Genio del Romance que acechaba arriba y abajo del estrecho canal.

Era una noche de inusual oscuridad. El gran reloj de la Piazza había hecho sonar la quinta hora de la noche italiana. La plaza del Campanile estaba silenciosa y desierta, y las luces del viejo Palacio Ducal se apagaban rápidamente. Regresaba a casa desde la Piazzetta por el Gran Canal. Pero cuando mi góndola llegó frente a la desembocadura del canal de San Marcos, una voz femenina procedente de sus entrañas irrumpió de repente en la noche con un grito salvaje, histérico y prolongado. Asustado por el sonido, me puse en pie; mientras que el gondolero, al dejar escapar su único

remo, lo perdió en la oscuridad más absoluta, sin posibilidad de recuperarlo, y en consecuencia quedamos a merced de la corriente, que aquí se desplaza del canal mayor al menor. Como un inmenso cóndor de plumas de marfil, descendíamos lentamente hacia el Puente de los Suspiros, cuando un millar de llamaradas que salían de las ventanas y bajaban por las escaleras del Palacio Ducal, convirtieron de golpe aquella profunda penumbra en un día lívido y preternatural.

Un niño, escapando de los brazos de su propia madre, había caído desde una ventana superior de la elevada estructura al profundo y oscuro canal. Las tranquilas aguas se habían cerrado plácidamente sobre su víctima; y aunque mi propia góndola era la única a la vista, muchos robustos nadadores, ya en la corriente, buscaban en vano en la superficie el premio que, por desgracia, sólo se encontraba en el abismo. Sobre las anchas losas de mármol negro de la entrada del palacio, y a pocos pasos por encima del agua, se encontraba una figura que ninguno de los que la vieron entonces ha podido olvidar desde entonces. Era la marquesa Afrodita, la adoración de toda Venecia, la más alegre de las alegres, la más hermosa donde todas eran hermosas, pero todavía la joven esposa del viejo e intrigante Mentoni, y la madre de aquel hermoso niño, su primero y único, que ahora, en las profundidades del agua turbia, pensaba con amargura de corazón en sus dulces caricias, y agotaba su pequeña vida en las luchas por invocar su nombre.

Estaba sola. Sus pies pequeños, desnudos y plateados brillaban en el mármol negro que había debajo de ella. Sus cabellos, que aún no se habían soltado más que a medias para la noche de su arreglo en el salón de baile, se agrupaban en medio de una lluvia de diamantes alrededor de su clásica cabeza, en rizos como los de un joven jacinto. Un paño blanco como la nieve y la gasa parecía ser casi la única cubierta de su delicada forma; pero el aire de pleno verano y de medianoche era caliente, hosco y quieto, y ningún movimiento en la forma de la estatua agitaba incluso los pliegues de esa vestimenta de auténtico vapor que colgaba a su alrededor como el pesado mármol cuelga alrededor de la Niobe. Sin embargo -¡es extraño decirlo!- sus grandes y brillantes ojos no estaban dirigidos hacia la tumba donde yacía enterrada su más brillante esperanza, sino que estaban clavados en una dirección muy diferente. La prisión de la Antigua República es, en

mi opinión, el edificio más bello de toda Venecia; pero ¿cómo podía aquella dama mirarla tan fijamente, cuando debajo de ella yacía ahogado su propio hijo? ¿Qué puede haber en sus sombras, en su arquitectura, en sus cornisas solemnes y cubiertas de hiedra, que la marquesa de Mentoni no se haya preguntado ya mil veces? ¿Quién no recuerda que, en un momento como éste, el ojo, como un espejo roto, multiplica las imágenes de su dolor y ve en innumerables lugares lejanos la desdicha que está cerca?

A muchos pasos por encima de la Marquesa, y dentro del arco de la puerta del agua, se encontraba, completamente vestido, la figura satírica del propio Mentoni. De vez en cuando se ocupaba en hacer sonar una guitarra, y parecía estar ennuyé hasta la muerte, ya que a intervalos daba instrucciones para la recuperación de su hijo. Estupefacto y atónito, yo mismo no tenía fuerzas para moverme de la posición erguida que había adoptado al oír el grito, y debí de presentar a los ojos del agitado grupo un aspecto espectral y ominoso, mientras con el semblante pálido y los miembros rígidos bajaba flotando entre ellos en aquella fúnebre góndola.

Todos los esfuerzos resultaron vanos. Muchos de los más enérgicos en la búsqueda estaban relajando sus esfuerzos, y cediendo a una tristeza sombría. Parecía haber pocas esperanzas para el niño (¡cuánto menos para la madre!); pero ahora, desde el interior de ese oscuro nicho que ya se ha mencionado como parte de la antigua prisión republicana, y que daba a la celosía de la marquesa, una figura envuelta en un manto salió al alcance de la luz, y deteniéndose un momento al borde del vertiginoso descenso, se lanzó de cabeza al canal. Cuando un instante después se detuvo, con el niño aún vivo y respirando, sobre las losas de mármol al lado de la Marquesa, su capa, pesada por el agua empapada, se desabrochó y, cayendo en pliegues alrededor de sus pies, descubrió a los espectadores asombrados la grácil persona de un hombre muy joven, con el sonido de cuyo nombre resonaba entonces la mayor parte de Europa.

El libertador no pronunció palabra alguna. ¡Pero la marquesa! Ahora recibirá a su hijo, lo estrechará contra su corazón, se aferrará a su pequeña figura y lo asfixiará con sus caricias. Por desgracia, otros brazos se lo han quitado a la desconocida, otros brazos se lo han llevado lejos, sin que se note, al palacio. ¡Y la marquesa! Su labio, su hermoso labio, tiembla: las

lágrimas se acumulan en sus ojos, esos ojos que, como el acanto de Plinio, son "suaves y casi líquidos". Sí, las lágrimas se acumulan en esos ojos, y ¡mira! toda la mujer se estremece en el alma, y la estatua ha cobrado vida. La palidez del rostro de mármol, la hinchazón del pecho de mármol, la pureza misma de los pies de mármol, los contemplamos repentinamente enrojecidos por una marea de carmesí ingobernable; y un ligero escalofrío se estremece en torno a su delicada figura, como un aire suave en Nápoles sobre los ricos lirios de plata en la hierba.

¿Por qué debería sonrojarse esa dama? A esta pregunta no hay respuesta, excepto que habiendo dejado, con la prisa y el terror del corazón de la madre, la intimidad de su propio tocador, se ha olvidado de embelesar a sus pequeños pies en sus zapatillas, y ha olvidado por completo echar sobre sus hombros venecianos el paño que les corresponde. ¿Qué otra razón pudo haber para que se sonrojara tanto, para la mirada de esos ojos salvajes y atrayentes, para el inusual tumulto de ese pecho palpitante, para la convulsiva presión de esa mano temblorosa, esa mano que cayó, cuando Mentoni entró en el palacio, accidentalmente sobre la mano del extraño? ¿Qué razón podía haber para el tono bajo, singularmente bajo, de aquellas palabras sin sentido que la dama pronunció apresuradamente al despedirse de él? "Has vencido", dijo ella, o los murmullos del agua me engañaron; "has vencido; una hora después del amanecer, nos encontraremos; ¡que así sea!"

* * * * *

El tumulto se había calmado, las luces se habían apagado en el interior del palacio, y el desconocido que ahora reconocía estaba solo sobre las banderas. Temblaba con una agitación inconcebible, y sus ojos miraban alrededor en busca de una góndola. No pude menos que ofrecerle el servicio de la mía; y él aceptó la cortesía. Después de obtener un remo en la compuerta, nos dirigimos juntos a su residencia, mientras él recuperaba rápidamente su compostura, y hablaba de nuestro anterior y ligero encuentro en términos de gran cordialidad aparente.

Hay algunos temas sobre los que me complace ser minucioso. La persona del forastero -permítanme llamarlo así, ya que para todo el mundo seguía siendo un forastero-, la persona del forastero es uno de esos asuntos. En

cuanto a la estatura, podría haber estado más bien por debajo que por encima de la talla media; aunque había momentos de intensa pasión en los que su complexión se expandía realmente y desmentía la afirmación. La simetría ligera y casi delgada de su figura prometía más la actividad que demostró en el Puente de los Suspiros, que la fuerza hercúlea que se sabe que ejerce sin esfuerzo en ocasiones de emergencia más peligrosas. Con la boca y la barbilla de una deidad -ojos sinuosos, salvajes, llenos y líquidos, cuyas sombras variaban desde el avellano puro hasta el azabache intenso y brillante- y una profusión de pelo negro rizado, del que una frente de una amplitud inusual brillaba a intervalos todo luz y marfil, sus rasgos eran de los que no he visto ninguno más típicamente normal, excepto quizás los de mármol del emperador Cómodo. Sin embargo, su rostro era uno de esos que todos los hombres han visto en algún momento de su vida y que nunca más han vuelto a ver. No tenía ninguna peculiaridad, no tenía ninguna expresión predominante que se fijara en la memoria; un rostro visto y olvidado al instante, pero olvidado con un vago e incesante deseo de recordarlo. No es que el espíritu de cada pasión veloz dejara de arrojar en algún momento su propia imagen distintiva sobre el espejo de ese rostro, sino que el espejo, como un espejo, no retenía ningún vestigio de la pasión cuando ésta se había ido.

Al dejarle la noche de nuestra aventura, me pidió, de una manera que me pareció urgente, que le llamara a la mañana siguiente muy temprano. Poco después de la salida del sol me encontré en su Palacio, una de esas enormes estructuras de lúgubre pero fantástica pompa, que se elevan sobre las aguas del Gran Canal en las cercanías de Rialto. Me hicieron subir por una amplia y sinuosa escalera de mosaicos a un apartamento cuyo esplendor sin parangón irrumpía a través de la puerta que se abría con un resplandor real, dejándome ciego y mareado por el lujo.

Sabía que mi conocido era rico. El informe había hablado de sus posesiones en términos que incluso me había aventurado a calificar de ridícula exageración, pero mientras miraba a mi alrededor no me atrevía a creer que la riqueza de ningún súbdito de Europa pudiera haber suministrado la magnificencia principesca que ardía y resplandecía a mi alrededor.

Aunque, como digo, el sol había salido, la sala seguía estando brillantemente iluminada. A juzgar por esta circunstancia, así como por un aire de agotamiento en el semblante de mi amigo, éste no se había retirado a la cama durante toda la noche anterior. En la arquitectura y los adornos de la cámara, el propósito evidente había sido deslumbrar y asombrar. Se había prestado poca atención a la decoración de lo que técnicamente se llama mantenimiento, o a las propiedades de la nacionalidad. La mirada iba de un objeto a otro y no se detenía en ninguno, ni en los grotescos de los pintores griegos, ni en las esculturas de los mejores tiempos italianos, ni en las enormes tallas de un Egipto inexperto. Los ricos cortinajes de todas las partes de la habitación temblaban al son de una música baja y melancólica, cuyo origen no se podía descubrir. Los sentidos estaban oprimidos por perfumes mezclados y contradictorios, que rezumaban de extraños incensarios convolutos, junto con multitud de lenguas de fuego esmeralda y violeta, que parpadeaban. Los rayos del sol recién salido entraban en el conjunto a través de las ventanas, formadas cada una de ellas por un único cristal teñido de carmesí. Los rayos de la luz natural se mezclaban con los de la luz artificial, y se extendían en una masa tenue sobre una alfombra de oro de Chile, de aspecto rico y líquido.

"¡Ja, ja, ja!", se rió el propietario, indicándome que tomara asiento cuando entré en la habitación, y se echó de espaldas sobre una otomana. "Ya veo", dijo, percibiendo que yo no podía reconciliarme inmediatamente con la bienaventuranza de una bienvenida tan singular, "veo que está usted asombrado por mi apartamento, por mis estatuas, mis cuadros, mi originalidad de concepción en la arquitectura y la tapicería, absolutamente ebrio, ¿eh, de mi magnificencia? Pero discúlpeme, mi querido señor (aquí su tono de voz bajó hasta el espíritu de la cordialidad), discúlpeme por mi risa poco caritativa. Parecía usted muy asombrado. Además, algunas cosas son tan absurdas que un hombre debe reírse o morir. Morir riendo debe ser la más gloriosa de todas las muertes gloriosas. Sir Thomas More -un hombre muy bueno era Sir Thomas More- murió riendo, lo recuerdas. También en las Absurdidades de Ravisius Textor hay una larga lista de personajes que tuvieron el mismo magnífico final. Sabes, sin embargo -continuó, musitando-, que en Esparta (que ahora es Palæochori), en Esparta, digo, al oeste de la ciudadela, entre un caos de ruinas apenas visibles, hay una especie de zócalo en el que aún son legibles las letras AAEM. Sin

duda forman parte de la ΓΕΑΑΑΞΜΑ. Ahora bien, en Esparta había mil templos y santuarios a mil divinidades diferentes. ¡Qué sumamente extraño que el altar de la Risa haya sobrevivido a todos los demás! Pero en este caso -continuó, con una singular alteración de la voz y de los modales-, no tengo derecho a alegrarme a vuestra costa. Europa no puede producir nada tan fino como este mi pequeño gabinete real. Mis otros apartamentos no son de ninguna manera del mismo orden: meros extremos de la insipidez de la moda. Esto es mejor que la moda, ¿no es así? Sin embargo, no hay más que ver esto para que se convierta en el furor, es decir, para aquellos que pueden permitírselo a costa de todo su patrimonio. Sin embargo, me he guardado de tal profanación. Con una excepción, usted es el único ser humano, además de mi criado y de mí mismo, que ha sido admitido en los misterios de estos recintos imperiales desde que se han adornado como usted ve".

Me incliné en señal de reconocimiento, ya que la abrumadora sensación de esplendor, perfume y música, junto con la inesperada excentricidad de su discurso y sus maneras, me impidieron expresar con palabras mi agradecimiento por lo que podría haber interpretado como un cumplido.

"Aquí", continuó, levantándose y apoyándose en mi brazo mientras recorría el apartamento, "hay cuadros desde los griegos hasta Cimabue, y desde Cimabue hasta la actualidad. Muchos han sido elegidos, como ves, con poca deferencia a las opiniones de Virtu. Sin embargo, todos son tapices adecuados para una cámara como ésta. Aquí también hay algunas obras de grandes desconocidos; y aquí diseños inacabados de hombres célebres en su época, cuyos nombres la perspicacia de las academias ha dejado al silencio y a mí. ¿Qué opinas?", dijo, girándose bruscamente mientras hablaba, "¿qué opinas de esta Madonna della Pieta?"

"Es de Guido", dije, con todo el entusiasmo de mi naturaleza, pues había estado estudiando atentamente su extraordinaria belleza. "¡Es de Guido! - ¿Cómo has podido conseguirla? -Sin duda es en pintura "lo que la Venus es en escultura".

"¡Ja!", dijo pensativo, "la Venus, la bella Venus... la Venus de los Médicis... la de la cabeza diminuta y los cabellos dorados...". Parte del brazo izquierdo" (aquí su voz bajó para que se oyera con dificultad) "y todo el derecho son restauraciones; y en la coquetería de ese brazo derecho se

encuentra, creo, la quintaesencia de toda afectación. ¡Dame el Canova! El Apolo también es una copia; no hay duda de ello; soy un tonto ciego que no puede contemplar la presumida inspiración del Apolo. No puedo evitar, ¡dichoso de mí!, preferir el Antinoo. ¿No fue Sócrates quien dijo que el estatuario encontró su estatua en el bloque de mármol? Entonces Miguel Ángel no era en absoluto original en su pareja...

" Non ha l'ottimo artista alcun concetto

Che un marmo solo in se non circonscriva. "

Se ha dicho, o debería decirse, que en los modales del verdadero caballero siempre se percibe una diferencia con respecto al comportamiento del vulgo, sin poder determinar de inmediato en qué consiste dicha diferencia. Si bien la observación se aplicó con toda su fuerza a la conducta externa de mi conocido, en aquella mañana tan agitada la sentí aún más aplicable a su temperamento moral y a su carácter. No puedo definir mejor esa peculiaridad de espíritu que parecía situarle tan esencialmente aparte de todos los demás seres humanos, que llamándola un hábito de pensamiento intenso y continuo que impregnaba incluso sus acciones más triviales, que se inmiscuía en sus momentos de coqueteo y se entrelazaba con sus propios destellos de alegría, como las víboras que se retuercen en los ojos de las máscaras sonrientes en las cornisas de los templos de Persépolis.

Sin embargo, no pude evitar observar repetidamente, a través del tono entremezclado de frivolidad y solemnidad con el que hablaba rápidamente de asuntos de poca importancia, un cierto aire de inquietud -un grado de unción nerviosa en la acción y en el discurso-, una inquietante excitabilidad en los modales que, en todo momento, me pareció inexplicable y, en algunas ocasiones, incluso me llenó de alarma. Con frecuencia, además, se detenía en medio de una frase cuyo comienzo aparentemente había olvidado, y parecía escuchar con la más profunda atención, como si esperara momentáneamente a un visitante o escuchara sonidos que debían existir sólo en su imaginación.

Fue durante uno de estos ensueños o pausas de aparente abstracción que, al pasar una página de la hermosa tragedia del poeta y erudito Politiano, "El Orfeo" (la primera tragedia italiana nativa), que yacía cerca de mí en una

otomana, descubrí un pasaje subrayado con lápiz. Era un pasaje hacia el final del tercer acto, un pasaje de la más emocionante emoción, un pasaje que, aunque manchado de impureza, ningún hombre leerá sin un estremecimiento de novedosa emoción, ninguna mujer sin un suspiro. Toda la página estaba manchada con lágrimas frescas; y en la hoja intermedia opuesta estaban las siguientes líneas en inglés, escritas con una letra tan diferente de los caracteres peculiares de mi conocido, que me costó reconocerla como suya:

Tú eras todo para mí, amor,
por el que mi alma suspiraba-
Una isla verde en el mar, amor,
Una fuente y un santuario,
Todo adornado con frutas y flores de hadas;
Y todas las flores eran mías.
¡Ah, sueño demasiado brillante para durar!
Ah, esperanza estrellada, que surgió
¡Pero para ser nublado!
Una voz desde el futuro grita,
"¡Adelante!", pero sobre el pasado
(¡débil abismo!) mi espíritu se cierne,
Mudo, sin movimiento, ¡aghost!
Porque, ¡ay!, ¡ay!, conmigo
La luz de la vida ha terminado.

"No más, no más, no más"

(Tal lenguaje sostiene el mar solemne

a las arenas de la orilla)

Florecerá el árbol de los truenos,

¡O el águila golpeada se eleva!

Ahora todas mis horas son trances;

Y todos mis sueños nocturnos

son donde tu ojo oscuro mira,

y donde brillan tus pasos...

En qué danzas etéreas...

¡Por qué arroyos italianos!

¡Ay! por ese tiempo maldito

Te llevaron por el oleaje,

Prometieron el amor a la edad titulada y al crimen,

y una almohada impía.

De mí, y de nuestro brumoso clima,

Donde llora el sauce de plata.

El hecho de que estas líneas estuvieran escritas en inglés -un idioma que yo no creía que su autor conociera- no me sorprendió. Conocía demasiado bien el alcance de sus conocimientos y el singular placer que sentía al ocultarlos, como para asombrarme por un descubrimiento semejante; pero el lugar de la fecha debo confesar que me causó no poco asombro. Había sido escrito

originalmente en Londres, y después fue cuidadosamente subrayado, aunque no tan eficazmente como para ocultar la palabra de un ojo escrutador. Digo que esto me causó no poco asombro, porque recuerdo muy bien que, en una conversación anterior con mi amigo, le pregunté en particular si había conocido alguna vez en Londres a la marquesa de Mentoni (que durante algunos años antes de su matrimonio había residido en esa ciudad), cuando su respuesta, si no me equivoco, me dio a entender que nunca había visitado la metrópoli de Gran Bretaña. También podría mencionar aquí que más de una vez he oído (sin, por supuesto, dar crédito a un informe que implica tantas improbabilidades) que la persona de la que hablo era, no sólo por nacimiento, sino por educación, un inglés.

* * * * *

"Hay un cuadro", dijo, sin darse cuenta de mi aviso de la tragedia, "hay todavía un cuadro que no has visto". Y apartando una cortina, descubrió un retrato de cuerpo entero de la marquesa Afrodita.

El arte humano no podría haber hecho más en la delineación de su belleza sobrehumana. La misma figura etérea que la noche anterior se presentaba ante mí en la escalinata del Palacio Ducal, estaba de nuevo ante mí. Pero en la expresión del semblante, que brillaba por todas partes con sonrisas, todavía acechaba (¡anomalía incomprensible!) esa mancha de melancolía que siempre se encuentra inseparable de la perfección de lo bello. Su brazo derecho estaba doblado sobre su pecho. Con el izquierdo señalaba hacia abajo un jarrón de curiosa forma. Un pequeño pie de hada, el único visible, apenas tocaba la tierra; y, apenas discernible en la brillante atmósfera que parecía rodear y consagrar su belleza, flotaban un par de alas de lo más delicadamente imaginadas. Mi mirada pasó del cuadro a la figura de mi amigo, y las vigorosas palabras del Bussy D'Ambois de Chapman temblaron instintivamente en mis labios:

"Está ahí arriba

¡Allí como una estatua romana! Se mantendrá en pie

Hasta que la muerte la haga de mármol".

"Ven", dijo al fin, volviéndose hacia una mesa de plata maciza y ricamente esmaltada, sobre la que había unas cuantas copas fantásticamente manchadas, junto con dos grandes jarrones etruscos, modelados en el mismo extraordinario modelo que el del primer plano del retrato, y llenos de lo que supuse que era Johannisberger. "Vamos", dijo bruscamente, "¡bebamos! Es temprano, pero bebamos. Es realmente temprano -continuó, musitando, mientras un querubín con un pesado martillo de oro hacía sonar el apartamento con la primera hora después de la salida del sol-, es realmente temprano, pero ¿qué importa? Vertamos una ofrenda a ese sol solemne que estas llamativas lámparas e incensarios están tan ansiosos por someter". Y, habiéndome hecho prometer en un trago, tragó en rápida sucesión varias copas del vino.

"Soñar -continuó, retomando el tono de su conversación desganada, mientras sostenía a la rica luz de un incensario uno de los magníficos jarrones-, soñar ha sido el negocio de mi vida. Por eso, como veis, me he construido una enramada de sueños. En el corazón de Venecia, ¿podría haber erigido una mejor? Contemplas a tu alrededor, es cierto, una mezcla de adornos arquitectónicos. La castidad de Jonia se ve ofendida por dispositivos antediluvianos, y los esfinges de Egipto se extienden sobre alfombras de oro. Sin embargo, el efecto es incongruente sólo para los timoratos. Las propiedades del lugar, y sobre todo del tiempo, son los enemigos que aterrorizan a la humanidad de la contemplación de lo magnífico. Yo mismo fui una vez un decorador; pero esa sublimación de la locura se ha apoderado de mi alma. Todo esto es ahora lo más adecuado para mi propósito. Al igual que estos incensarios arabescos, mi espíritu se retuerce en el fuego, y el delirio de esta escena me está formando para las visiones más salvajes de esa tierra de sueños reales a la que ahora estoy partiendo rápidamente." Aquí se detuvo bruscamente, inclinó la cabeza hacia su pecho y pareció escuchar un sonido que yo no podía oír. Al final, erigiendo su cuerpo, miró hacia arriba, y pronunció las líneas del Obispo de Chichester:

"¡Quédate por mí allí! No fallaré

para encontrarte en ese valle hueco".

Al instante siguiente, confesando el poder del vino, se lanzó de lleno sobre una otomana.

Se oyó ahora un paso rápido en la escalera, y rápidamente le siguió un fuerte golpe en la puerta. Me apresuré a anticiparme a un segundo alboroto, cuando un paje de la casa de Mentoni irrumpió en la habitación, y con voz ahogada por la emoción, pronunció las incoherentes palabras: "¡Mi ama! Oh, hermosa-oh, hermosa Afrodita!"

Desconcertado, corrí hacia la otomana y traté de despertar al durmiente para que comprendiera la sorprendente información. Pero sus miembros estaban rígidos, sus labios estaban lívidos, sus ojos, antes brillantes, estaban clavados en la muerte. Volví a tambalearme hacia la mesa, mi mano cayó sobre una copa agrietada y ennegrecida, y una conciencia de la completa y terrible verdad relampagueó de repente sobre mi alma.

¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!

**Descubre nuestra colección de obras de dominio
público en castellano en nuestra web**